



Elogio al hospital Pablo Tobón Uribe

Aunque parezca insólito, mi cama de enferma se convirtió en mi nuevo pupitre

He compartido más de veinticinco años con personas de todas las edades y condiciones el tema de las comunicaciones interpersonales, el encanto de los buenos modales y la difícil tarea de la atención al público. Me ha dado siempre una gran satisfacción esta labor de la docencia. Ahora, el turno de ser la alumna me tocó a mí, en un extraordinario centro hospitalario. El trato del personal de enfermería y sus asistentes, merece la más alta calificación por su disponibilidad y excelente preparación. Podría decir que ellas aplican inyecciones con una sonrisa, administran medicamentos venosos que sin dudarlo, llegan al corazón con su ternura. Tienen la palabra que consiente y la actitud de humildad y respeto que requiere un paciente. Sus manos

transmiten calma y seguridad. Yo lo testifico.

Durante 22 días estuve hospitalizada en la habitación 941 del Pablo Tobón Uribe. Una infección en la sangre producida por una bacteria desconocida, se instaló cómodamente en mis vértebras sacro lumbares, haciendo de las suyas, generando dolores que de uno a diez, en la escala de los mismos galenos llegaban a once. En determinado momento, mis médicos de cabecera pensaron que era tiempo de dejar la hospitalización y que era yo misma quien definiría la fecha de salida, según el grado de recuperación en que me encontraban. Les contesté: excúsenme doctores, pero aún no me voy, debo terminar de tomar un curso avanzado que inicié en esta clínica. Aterrados me pre-

guntaron, ¿Curso de qué? Y les contesté sin dudarlo, un curso de trato amoroso y cómo sentir calor de hogar en una cama de enfermo.

Les pareció increíble a muchos de los míos, pero dejé el hospital Pablo Tobón Uribe, con nostalgia. Me despedí del personal con el corazón encogido y una gran admiración hacia todo ese grupo humano que no sólo le hace honor a su noble vocación, sino que sabe cómo endulzar padecimientos. Qué tal la gentileza de Paola, mi conductora de camillas, que madrugaba un poco más de lo que exigía su turno y acompañaba mis angustias con palabras de aliento y gestos de bondad ¡un personaje inolvidable!

Las políticas del Hospital son de tal cortesía, que se extienden desde los porteros hasta el

departamento de nutrición. Giovanni, por ejemplo, telefonaba para averiguar con qué antojo podía complacerme y Sandra su colaboradora, aparecía al momento, con almojábanas recién horneadas. Sus directivas han entendido que la vanidad es un compromiso personal ineludible, así que los servicios de salón de belleza cumplen su función a cabalidad. Estar bien presentado, ¡alivia!

Hoy, recuperando lo más importante que el ser humano posee, la salud, reitero mi agradecimiento y admiración a quienes me cuidaron con esmero. ¡Gracias por tanto cariño! Con ciencia, tecnología y actitud de servicio entrelazados, se puede morir con dignidad o vivir otros años con calidad.

015-04-1